

Cuentos & Cuentistas

Paris, *Belle Époque*

Bartolomé Leal desde Santiago

Cuando curioseaba, entre mis fuentes de información, acerca del poeta y narrador Louis Aragon a fin de redactar una columna anterior para La Ramona, tuve a la vista un libro bastante especial. Su adquisición obedeció al mismo impulso francófilo que me hizo aferrar, en un puesto de la *Librairie Française* en la feria del libro de Santiago, el volumen de relatos de Aragon, *Le mentir-vrai*. Pues aquel otro libro lo hallé en la librería *La Pléiade* de Puerto Príncipe, capital de Haití.¹ Me obligo a decir que Haití no ofrece sólo miseria y sufrimiento para alimentar las necesidades de truculencia de la prensa globalizada, sino que también posee heroicos medios intelectuales que subsisten sin claudicar. Pero ésa es otra historia.

Pues tal libro constituye una minuciosa indagación acerca de la llamada *Belle Époque* (primeras dos décadas del siglo XX), tal como se vivió en la ciudad de París, vislumbrada desde la óptica de primera mano de los escritores que entonces la gozaron y retrataron. Un punto de vista de particular interés para mí, que residí por varios años en la capital de Francia... más de medio siglo después, bien entendido.² Los escritores, tanto los poetas, cuentistas, novelistas, periodistas y ensayistas, como los dramaturgos, panfletistas, predicadores o charlatanes, contaron un París que era por entonces “la capital mundial de las artes y de los placeres”. Así lo apunta la autora de este ensayo.

Una época conocida por sus sensuales desenfrenos, sus alegrías étlicas y sus licencias de todo tipo; pero también una época de conflictos éticos: el juicio a Dreyfus, un militar procesado por traición, hecho complicado porque era judío; la aparición de vanguardias artísticas de vertiginosa radicalidad; los miedos que traían las nuevas y letales formas de guerra que se anunciaban; la delincuencia rampante y crecientemente violenta; la rica e inédita simbiosis entre arte popular

¹ Marie-Claire Bancquart, *PARIS “Belle Époque” par ses écrivains*, Éditions Adam Biro, Paris, 1997

² 2, rue Georges de Porto-Riche en el XIV Arrondissement.

y cultura. Una época de grandes progresos técnicos que asombraban o asustaban. Una época en que se desarrolla un género en ascenso que trastorna a los lectores hedonistas, los cuales no creían que podía haber algo nuevo para conformar sus exigentes paladares saturados de folletines históricos, de Alexandre Dumas, de Jules Verne y de otros magos de la narrativa decimonónica. Me refiero a la novela policial.

El París de la *Belle Époque* dejó una impronta hasta el día de hoy, cuando la ciudad trata de mimar los encantos de antaño para gusto del turismo familiar, lo pervertido transmutado en pintoresco. Aunque entonces París era psicológica y topográficamente diferente al de hoy, como apunta Mme Bancquart. El *Bois de Boulogne* brillaba como un “jardín de mujeres”. Es el París de Zola, el cual hizo de la ciudad el escenario de su puesta en escena naturalista; y el de Proust, quien con su *Jean Santeuil* hace un primer apronte a lo que será su obra magna, la *Recherche*, reflejo de una sociedad mundana corroída por la inestabilidad. Y con ellos otros escritores: Anatole France, Maurice Barrès, Roger Martin du Gard...

Terrores, esplendores y misterios de una ciudad que se encarama en esa colina de la perdición que es Montmartre; y también en el Montmartre subterráneo, el de los túneles remanentes de viejas canteras, refugio de malandrines, científicos dementes y miserables, que se hallan entre los escenarios y caracteres de la novela policial francesa en su época de oro, la cual contiene tanto de la crónica periodística de hechos delictivos como del anárquico estilo teatral llamado *Grand Guignol*. La novela “judicial” prima en el gusto popular hasta que aparecen los grandes cronistas del París insólito y venal: Maurice Leblanc, el creador del Arsène Lupin, el “caballero-ladrón”; y Gaston Leroux, el autor de *El Fantasma de la Ópera*, la novela que mejor refleja la mezcla de misterio y sordidez del París de la *Belle Époque*.

Pero el mito negro de la ciudad se encarna en *Fantomas*, el personaje de folletín creado por Souvestre y Allain, un engendro inesperado del surrealismo y precursor de la novela negra con toda su parafernalia sangrienta. Enmascarado, cruel, de una astucia que lo hace inalcanzable mientras se mueve por los laberintos urbanos y los tejados. *Fantomas* es además un personaje

contemporáneo de la época que narra, que semana a semana resurge en los quioscos, buscando estremecer a sus lectores con su aparatosa maldad, cosa rara en un género como el folletín, que más bien se ambienta en el pasado.



Pero hay mucho más en este París que avanza ciego hacia la Gran Guerra del 14, que costará millones de vidas. La literatura es un caos creativo de múltiples voces. París es una “puerta al infierno” que es contada en las obras de André Gide, Valery Larbaud, Claude Farrère, Romain Rolland. Por otra parte, el desprecio a París conforma un valor. Mujeres escritoras, como Colette, no lo cotizan. Pierre Loti alaba tierras exóticas. Triunfa una novela del anti-París que idealiza la provincia: *Le Grand Meaulnes* de Alain-Fournier. Una nueva forma de anticipación predice futuros tenebrosos, predomina la contra-utopía, donde la megápolis se impone y el dinero todo lo avasalla. Se prevé el progreso técnico en las comunicaciones, la televisión y el transporte; aunque también la polución, las epidemias de microbios mutantes, la bomba atómica, las inundaciones.

La autora del estudio destaca, y esto es novedoso, la presencia de escritores marginales en esta frivolidad colectiva: un Paul-Jean Toulet que cuenta a París con amarga voz de anti-guía; y un Francis Carco, extravagante y agridulce, rapsoda de los barrios feos y del medio crápula. Y también los surrealistas proletarios Paul Léautaud y León-Paul Fargue, que narran amores locos, fiestas populares, angustias cotidianas.

Quedan por mencionar, por supuesto, los poetas. Los más dotados para expresar las ambivalencias de la ciudad, el tira-y-afloja entre la exclusión y la fascinación. Como Guillaume Apollinaire, que en su relato *El poeta asesinado*

juega con un París pastoral inexistente, travestido, falsamente sagrado. Sus caligramas muestran el París ambiguo, el de las palabras vueltas cosas. Y otro grande, Blaise Cendrars, mezcla una visión realista e imaginaria para construir una ciudad-texto. París corazón del mundo, “tal vez amenazado”, dice Mme Banquart, “pero la preeminencia literaria del París *Belle Époque* es incuestionable”. Hasta 1913. Vendrá la guerra y se acabará el jolgorio. *La consagración de la primavera*, el ballet con música de Igor Stravinsky es estrenado ese año en París, con ruidoso escándalo. Una nueva era comienza en la música. Todo un símbolo. La ciudad de París no será bombardeada, resistirá dos guerras. París continuará soñando con su época más espléndida.

En París se halla oculto ese paréntesis de gloria que fue la *Belle Époque*. Oculto bajo las costras del turismo de masas que corrompe sus calles. Hay que buscarlo. Botar a la basura las guías en papel couché. Se puede conocer mejor París sin ellas. Hay que leer a los narradores y a los poetas que contaron a París en su cúspide, que palpita intacto en sus escritos... y también en sus muros y en sus monumentos, bajo las capas de publicidad mentirosa, maquillaje municipal y graffiti canallescros.



La moda en París, Belle Époque
Guillaume Apollinaire
(fragmento de *El poeta asesinado*)

Este año es el de la moda bizarra y familiar, sencilla y llena de fantasía. Todos los materiales de los diferentes reinos de la naturaleza pueden entrar ahora en la composición de un traje femenino. He visto hoy un traje precioso, hecho de tapones de corcho. Seguramente no valía menos que los trajes de tela sintética que hacen furor en los estrenos. Un gran modisto está pensando en lanzar trajes sastres con lomos de libro viejo, encuadernados en piel de ternero. Es una idea encantadora. Todas la literatas podrán llevar esos trajes, y los hombres podrán acercárseles y hablarles al oído con el pretexto de leer los títulos. Las espinas de pescado se estilan mucho en los sombreros. Se ven muchachas deliciosas vestidas de peregrino de Santiago de Compostela: llevan el traje, como es natural, salpicado de cochas de ostiones. También han hecho su brusca aparición en la indumentaria la porcelana, la cerámica y la loza. Estos materiales se usan para cinturones, para pasadores de sombreros, etc., y he tenido ocasión de ver una redecilla admirable, compuesta enteramente con ojos de vidrio como los que se ven en las tiendas de óptica. Las plumas sirven ahora para decorar, no sólo el sombrero, sino también el zapato y el guante, y el año que viene se estilará llevarlas en la sombrilla. Hoy se hace calzado de cristal de Venecia y sombreros de cristal de Bacará. Y no quiero decir de las faldas pintadas al óleo, de las lanas de colores fuertes y las blusas caprichosamente salpicadas de tinta. Para la primavera estarán en todo su apogeo los trajes hechos de vesículas infladas, de formas agradables, ligereza y distinción. Nuestras aviadoras no llevarán otra cosa. Para las carreras tendremos el sombrero “pelota infantil”, compuesto de unos veinte balones, que producen un efecto suntuoso y, a veces, detonaciones muy graciosas. La concha de almeja sólo se estila en el calzado. Entérense que empezamos a vestirnos de animales vivos. He visto hoy a una señora que llevaba en el sombrero veinte pajarillos: jilgueros, gorriones y petirrojos, que sujetos por una liana, cantaban aleteando. En la última fiesta de Neuilly, el tocado de cabeza de una embajadora consistía en unas treinta culebras. “¿Para quién son esos bichos que llevas en la cabeza?” preguntaba a la dama con su acento dacio un diplomatuquillo rumano que tiene fama de afortunado con las féminas. Olvidaba decirles que el miércoles último tuve ocasión de ver en los bulevares a una señora vestida de espejuelos aplicados y sobrepuestos al tejido. Al pasar la dama por el sol, el efecto era suntuosísimo. Hubiérase dicho una mina de oro que había salido a dar un paseo. Pero luego empezó a llover, y entonces la dama semejaba una mina de plata. Las cáscaras de nuez son muy adecuadas para formar colgantes con ellas, sobre todo alternándolas con avellanas. Las faldas recamadas de granos de café y de clavos de olor, cáscaras de ajo, telas de cebolla y pasas se usarán mucho para ir de visita. La moda se vuelve práctica y nada se desperdicia, ennobleciéndolo todo. Hace con los materiales lo que los románticos hicieron con las palabras.

(Traducción de B.L.)